



Dimitris KRALLIS, *Serving Byzantium's Emperors: The Courtly Life and Career of Michael Attaleiates*, Cham, Palgrave MacMillan, 2019.

Walter H. Liberali
Universidad Nacional de Córdoba
liberalimartin@gmail.com

Recepción del original: 05/07/22

Aceptación del original: 14/07/22

En esta obra, Dimitris Krallis no solo trata de ofrecer una biografía de Miguel Atalates sino también de aportar al conocimiento general de la historia de la *Romania* a través del estudio de su corte y de la cultura de Bizancio en el siglo XI d.C. Con este fin, estructura el texto sobre la base de la vida de este personaje, partiendo de una descripción del convulsionado entorno imperial y de los documentos que aporta el propio Atalates. Los capítulos del libro hacen referencia a Atalia, la ciudad natal de Miguel, a Constantinopla, la metrópolis que lo cionó de conocimientos superiores, a las cortes de Justicia (jueces del Hipódromo y jueces del Velo), al ejército y al Imperio en tiempos de guerra.

En su presentación, Krallis introduce a Atalates como un verdadero sobreviviente del tumultuoso cuarto de siglo comprendido entre los reinados de Constantino X Monómaco (1042-1055) y Alejo I Comneno (1081-1118), un período signado por las incursiones seljúcidas en Asia Menor, por la irrupción de los normandos en Italia y por una devastadora guerra civil que tiene como protagonistas a la nobleza civil y militar del Imperio. A fin de recrear la vida y obra de Atalates, Krallis no solo recurre al legado testimonial del cronista, sino también a los textos de otros autores contemporáneos, indispensables a la hora de bosquejar aquél complicado entorno histórico¹: nos referimos a Eustatio Romaios, Miguel Pselo, Cristóforo Mytilanios, Simeón Seth y Basilio Malases. En ese sentido, la vida

¹ Se trata de una época convulsionada, caracterizada principalmente por hiperinflación, reveses militares, rebeliones militares permanentes, pérdida de territorios tanto en Oriente como en Occidente, y por el cisma religioso entre Roma y Constantinopla (1054).

de Ataliates, nos cuenta Krallis, es como una pintura mural dañada, con áreas de colores brillantes y líneas fácilmente discernibles, entremezcladas con paños oscuros o desteñidos que es necesario remedar.

Luego de una breve pero efectiva introducción donde el autor nos presenta un vívido retrato del protagonista, toca el turno a las circunstancias generales en las que se halla inmerso el Imperio durante el siglo XI. En ese período, el Estado bizantino se caracteriza por una eficiente y aceitada burocracia que se ha hecho fuerte a partir de la legislación antilatifundista de Basilio II y a expensas de los terratenientes provinciales integrantes de la aristocracia militar. Al promediar el primer cuarto de siglo, la marina imperial apenas es desafiada en el Mediterráneo oriental, donde casi no quedan trazas del antiguo poderío árabe, mientras que, en tierra, el ejército prosigue su avance tanto en los Balcanes como en Siria, Armenia y Mesopotamia. La vida intelectual fluye por las arterias del Imperio gracias al Renacimiento Macedonio, a la vez que las clases sociales humildes encuentran en la alianza con la aristocracia civil los mecanismos necesarios para mejorar su precaria condición: una gran cantidad de intelectuales de modesto origen son promovidos a altos cargos de dirección, mientras el ciudadano promedio ve en la apertura del senado un mecanismo ideal de ascenso social, mucho más seguro que la difícil vida del soldado. La diversidad étnica también es la regla del período, tanto en las provincias como en la capital, y entre sus causas están el auge económico y el prestigio del Imperio. Este Estado, rico y poderoso, es, sin duda alguna, producto de la labor restauradora de Basilio II y sus antecesores inmediatos. Sus sucesores, sin embargo, prefieren vivir de los laureles de la época precedente, pese a la acechanza de nuevos y feroces enemigos, cuya súbita irrupción hace aflorar viejas tensiones en el seno de la aristocracia imperial, dividida entre burócratas civiles y terratenientes militares. En 1071, la derrota de Mantzikert finalmente enciende la mecha de una devastadora guerra civil que llevará directamente al trono a Alejo I Comneno, mientras las provincias orientales se precipitan una tras otra en poder del invasor turco.

Luego de detallar el contexto histórico en el que nace, crece y se desarrolla Miguel Ataliates, Krallis pasa a considerar las fuentes usadas para elaborar la biografía del cronista bizantino. La *Diataxis*, un documento escrito en 1077 por el propio Ataliates para regular la explotación de algunas de sus propiedades, es por lejos una fuente de información de capital importancia para conocer tanto su actividad particular como sus orígenes y su ulterior desempeño en la función pública. Con todo, su *Historia* es la obra que más ha contribuido a forjar su popularidad entre los especialistas. La *Historia* de Ataliates cubre el período 1034-1079, por lo que su objeto de estudio es prácticamente el mismo que el de la *Cronografía* de Pselo, con quien Ataliates comparte el privilegio de haber sido testigo presencial de gran parte de los hechos que referencia. Por fin, el tercer filón documental, el *Ponema Nomikon*, una síntesis legal dedicada a Miguel VII en 1072, procede de la labor de Ataliates en el ámbito del derecho.

Tras el breve acápite referido a las fuentes, el autor comienza a reconstruir la vida de Ataliates a partir de su nacimiento y bautismo en la portuaria ciudad de Atalia. La historia de dicha urbe, lo mismo que una descripción sucinta de su

entorno geográfico, le sirve a Krallis para conjeturar acerca del posible carácter del historiador bizantino y una oportuna comparación con la cercana Phaselis le lleva incluso a aventurar dietas, artes culinarias y rasgos de la economía citadina. Súbitamente, la biografía de Ataliates se convierte en la historia del *thema* de los Cibirreotas, donde Atalia constituye la frontera marítima del Imperio de cara al próspero y frecuentemente agresivo mundo musulmán. Bajo estas condiciones, la ciudad, virtualmente semiindependiente, se nos revela tan cosmopolita como la propia Constantinopla y muy similar a las antiguas ciudades-estado griegas. Su condición de base operativa contra la piratería se manifiesta en la templanza de sus 15 o 25 mil habitantes, siempre dispuestos a asistir al *drugario* local para alejar cualquier amenaza.

Cuando a instancia de su padre Ataliates viaja a Constantinopla, alrededor de 1041, su único capital es la valiosa educación que ha recibido de sus progenitores y que apenas supera un ciclo de instrucción elemental basado en la ortodoxia de la fe. En la capital imperial debe completar su formación intelectual merced al estudio de los clásicos y de las artes del *trivium et quadrivium*, si, tal como ha soñado su padre y se ha propuesto él mismo, desea servir como funcionario y cortesano. Entretanto, el trayecto, supuestamente marítimo, inspira nuevamente a Krallis para crear otra deliciosa postal del Imperio, enmarcada entre las islas del Egeo, la aduana de Abydos y los puertos de Constantinopla. La estadía de Miguel en el Bósforo cumple un propósito semejante, aunque en este caso el objetivo principal es contar cómo el ignoto joven ataliota va tallando su propio perfil intelectual dentro del peculiar “sistema” de enseñanza bizantino, donde el derecho no es más que una disciplina profundizada por individuos que se embarcaban en estudios superiores mientras creaban circuitos de relaciones caracterizados por su vitalidad y por la búsqueda de nuevos aprendizajes.

Para describir la etapa juvenil, el matrimonio y la vida familiar de Ataliates, Krallis no duda en recurrir a Pselo, a la *Diataxis* del propio Miguel e, incluso, la ley romana le viene de maravillas para especular en torno a los derechos que asisten a su esposa Sofía para disponer a voluntad de su dote. Con Irene, su segunda mujer, Ataliates concibe un hijo, Teodoro, quien, bajo el auspicio de su padre, también hará carrera en la función pública. Su espíritu inquieto y una meticulosa preparación intelectual le abren a Ataliates amplias posibilidades de progreso material; su salario como senador y juez, y sus relaciones e influencias personales le permiten adquirir sendas propiedades tanto en Constantinopla como en Redestós, cuyo devenir, explotación y administración conocemos por la *Diataxis*. Hacia 1060 Ataliates ya no es aquel humilde e ingenuo provinciano llegado de Panfilia, sino un rico y experimentado rentista, que incluso incursiona como comerciante a través de una panadería. Entretanto, como buen cristiano que es, dona anualmente parte de sus ingresos a iglesias y monasterios de los alrededores, algunos de los cuales administra como *charistikario*.

Si hay algo que Krallis emplea de maravillas es su capacidad para describir hasta el último detalle de la situación del Imperio en general y de Constantinopla en particular, a medida que va construyendo el retrato de Ataliates. Este recurso le permite también delinear el complejo marco legal bizantino, heredero del derecho

romano, y el funcionamiento de la justicia, donde los tribunales imperiales operan como una sociedad cerrada con sus propias reglas, a las que deben someterse jueces y abogados por igual. El tiempo de Ataliates por otra parte es una época de cambios permanentes que se ven reflejados al interior de la cofradía legal, en la que recalán tanto abogados de viejos linajes de juristas como letrados de humilde origen pertenecientes a la flamante camada promovida por las reformas de Monómaco. Este último es el caso de Ataliates, que, a fuerza de voluntad y sacrificio, consigue escalar hasta el puesto de juez de la Corte del Hipódromo (una especie de Corte Suprema de Justicia), lo que le abre las puertas de la corte imperial y del gran complejo palaciego del que el senado forma parte. Es en estos pasillos y salones donde Miguel se cruza con lo más selecto del funcionariado bizantino y de los dignatarios elegidos por el basileo de turno. Relaciones de poder que alcanzarán el cenit de sus posibilidades cuando el ex convicto Diógenes, coronado ahora como Romano IV, lo nombre *patricio* y lo involucre personalmente en sus campañas militares en Asia Menor. Al momento de partir, Ataliates ya es juez del Hipódromo, del Velo y del ejército imperial. Está lejos de ser un soldado hecho y derecho, pero la vida junto a los marineros de su familia, en la lejana Atalia, y las conversaciones que a menudo mantiene con los soldados de los *tagmata* capitalinos al menos le sirven para conocer la trastienda de la guerra.

En este punto, la *Diataxis* cede su lugar como principal fuente documental a la *Historia*, en la que Krallis encuentra material suficiente como para recrear con lujo de detalles la vida en campaña, las peripecias de los asedios y cómo el campamento militar evoca funcionalmente al gran complejo palaciego de Constantinopla. Por otra parte, el análisis del mercenariado que hace el autor innova a partir de la premisa de un tratamiento imparcial del tema, alejado de la concepción gibboniana según la cual el mercenario necesariamente se relaciona con corrupción y plácido patriotismo. Algunos juicios de valor del propio Ataliates respecto a la lealtad y efectividad de los soldados extranjeros y a la perfidia y el mal comportamiento de los funcionarios imperiales que se rehúsan a recompensarles debidamente le ayudan a sostener su argumento. Así, en opinión del juez del Hipódromo, es la prodigalidad del emperador o la falta de ella lo que en última instancia determina el accionar romano de un guerrero latino hablante. Ello no obsta, sin embargo, para que Ataliates advierta el avanzado grado de abandono y desmoralización en que yacen las tropas temáticas orientales cuando Romano IV se une a ellas con los *tagmata*, al momento de iniciar su primera campaña contra los seljúcidas, en 1068.

Las aventuras castrenses de dicho emperador, desmenuzadas hábilmente en la *Historia*, son utilizadas en forma impecable por Krallis para describir tanto el estado de cosas más allá de Capadocia, como las características geográficas de los *themata* orientales. Aunque también las páginas de Ataliates ofrecen un dato revelador referido a cuánto desean los detractores de Romano IV su ruina mientras complotan con Andrónico Ducas para quedarse con el trono. Las desavenencias en el seno de la aristocracia bizantina finalmente se cristalizan en Mantzikert, en 1071, donde Romano IV es capturado por el sultán seljúcida, mientras Pselo confirma su deposición en Constantinopla en favor de Miguel Ducas, a quien un precavido Ataliates rinde obediencia luego de su tortuoso regreso del campo de batalla. Krallis

enfoca entonces su atención en la versatilidad y en el sentido de oportunidad que exhibe Ataliates para recuperar su posición e influencias en la capital imperial, mientras su antiguo señor, Diógenes, se juega su destino en una devastadora guerra civil que, habiendo estallado tras su liberación, encontrará nuevo combustible en las rebeliones de Brienio y Botaniates. El *Ponema Nomikon* pertenece a esta época y es escrito por Ataliates para congraciarse con el nuevo basileo. Sus reflexiones y juicios también van a considerar el papel del pueblo como agente del “republicanismo bizantino” y vector de cambios políticos a la hora de castigar emperadores que actúan como si fueran tiranos.

Los capítulos finales de la obra de Krallis retratan a un Ataliates experimentado y precavido que, a fuerza de encomios y mucho tacto, busca ganarse las simpatías de los nuevos poderes que surgen circunstancialmente, promovidos por la vertiginosa velocidad de los cambios que están teniendo lugar. Con el recurso del panegírico el juez consigue que Nicéforo III Botaniates (1078-1081) lo devuelva al centro de la escena áulica, mientras que algunas líneas deliberadamente introducidas en el texto y que resaltan las cualidades castrenses de su mano derecha, Alejo, lo catapultan a los brazos del poderoso linaje de los Comneno. El mundillo de la corte es una selva pletórica de peligros expectantes; consciente de ello, Attaliates usa todo su prestigio y ascendiente para asegurar su carrera y el futuro de su familia. Su principal objetivo es, en consecuencia, escapar al destino cambiante de su colega Pselo, cuya parada final es la muerte social y política.

La *Diataxis* también le sirve a Krallis para elaborar un cuadro muy pintoresco del monacato bizantino al promediar la segunda mitad del siglo XI. Con ese propósito el autor se vale del ejemplo que el propio Ataliates ofrece respecto a los complejos religiosos que administra en calidad de *oikonomos* en Redestós y Constantinopla y que cumplen una valiosa función social, cultural, económica, piadosa y de patronazgo. También se detiene a analizar ese particular equilibrio que el juez busca mantener a rajatabla entre su función pública y su labor al frente de fundaciones pías y que lo ponen en un atolladero a la hora de cumplir con los mandatos religiosos de la Cristiandad ortodoxa. Tarea titánica de difícil cumplimiento si además tenemos en cuenta la admiración que Ataliates profesa por la piedad y los héroes paganos de la vieja república romana.

Sirviendo a los Emperadores de Bizancio. La vida áulica y carrera de Miguel Ataliates es, en suma, un texto ameno que acaba cumpliendo su propósito: ofrecer al lector una idea de cómo fluye la vida en Bizancio durante el complicado siglo XI a partir de un caso puntual que, a la vez, sirve como paradigma para toda la clase del funcionariado. Y si bien el autor no se esmera en explicar las causas de la lenta y desgarradora agonía del sistema temático, sí nos presenta en forma estupenda las consecuencias de dicha debacle, entre las que se destaca el cambio continuo que hacia principios del siglo XII habrá transferido el poder desde la pluma de los intelectuales directo hacia la espada de los militares.